

Robert Gordon Wasson (Montana, EE.UU., 22 de septiembre de 1898 - Connecticut, 23 de diciembre de 1986)



Escritor y banquero pionero en el estudio de la etnobotánica. Sus estudios se centraron en la etnomicología, (hongos enteógenos). Fue vicepresidente de banco JP Morgan Chase.

Sus trabajos sobre etnomicología iniciaron con su esposa Valentina Pavlovna Guercken (1901–1958), pediatra interesada en las diferencias culturales existentes entre el enfoque de los hongos en Rusia y Estados Unidos. Los primeros trabajos condujeron a la composición de la obra *Hongos, Rusia e historia* publicada en 1957. En el curso de sus estudios realizaron varios viajes a México para analizar los usos religiosos de los hongos por las poblaciones nativas, visitando la sierra mazateca de Oaxaca, México, donde conoció a María Sabina, llamada *la sacerdotisa de los hongos*. En 1968 escribió el libro *“El hongo maravilloso: Teonanácatl Micolatría en Mesoamérica”* donde narra su experiencia en la tierra mazateca: el ritual sagrado del consumo de los hongos.

Wasson dio a conocer al mundo a la sabia mazateca María Sabina y sus prácticas ritualísticas-curativas con los hongos.

Libros:

- *El camino a Eleusis*. Una solución al enigma de los misterios (Albert Hofmann, Robert Gordon Wasson, Carl A.P. Ruck).
- *La búsqueda de Perséfone*. Los enteógenos y los orígenes de la religión (Robert Gordon Wasson, Carl A.P. Ruck, Stella A. Kramrisch).
- *La experiencia del éxtasis*. Pioneros del amanecer psiconáutico (Aldous Huxley, Robert Gordon Wasson, Robert Graves).
- *Soma. The divine mushroom of immortality*.
- *Teonanácatl. Hongos enteogénicos de Norteamérica*. Extractos de la Segunda Conferencia Internacional sobre Hongos Alucinógenos (Robert Gordon Wasson, Jonathan Ott, Albert Hofmann).

Fuente: La información que aquí se incluye fue tomada de uno de los libros más importantes de Robert Gordon Wasson *“El hongo maravilloso Teonanácatl, Micolatría en Mesoamérica”*. México, Edit. FCE., pp. 25-57.

I. UNA VELADA EN HUAUTLA

Mi PRIMER encuentro con María Sabina fue el miércoles 29 de junio de 1955, al anochecer. Mi amigo el fotógrafo Allan Richardson y yo habíamos llegado a Huautla el día anterior, y Valentina Pavlova con nuestra hija Masha debían llegar hacia el fin de la semana. Era mi tercer viaje a México en busca del hongo sagrado y nuestra

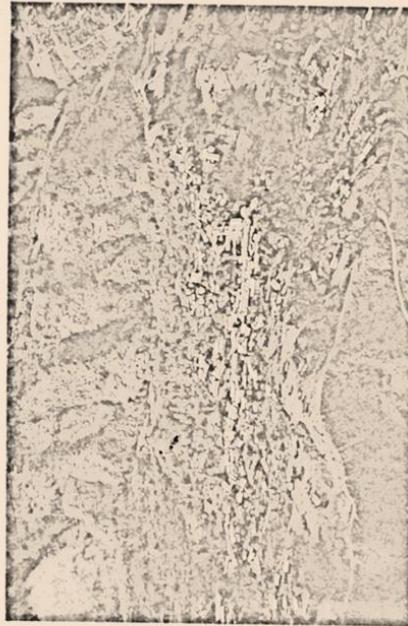


FIGURA 1. Huautla de Jiménez visto desde el aire en 1956.

segunda visita a Huautla. Poco antes del mediodía me dirigí por los agrestes, empinados callejones al municipio. No había logrado encontrar ningún chaman de primera categoría que hablara con nosotros, mucho menos que nos celebrara el rito, y me sentía cada vez más impaciente. Aun estaba decidido a presentarme ante las autoridades del pueblo y, si parecían bien dispuestas, solicitarles ayuda. En el desnudo desván, que parecía más bien un granero y servía como oficina del presidente municipal, encontré solamente un hombre: tendría unos treinta y cinco años, un físico atlético y una sonrisa franca, espontánea, cordial. Era el sindicío del pueblo, el segundo en el mando, Cayetano García Mendoza, en ese momento en funciones de presidente, en ausencia de su jefe. Una vez que

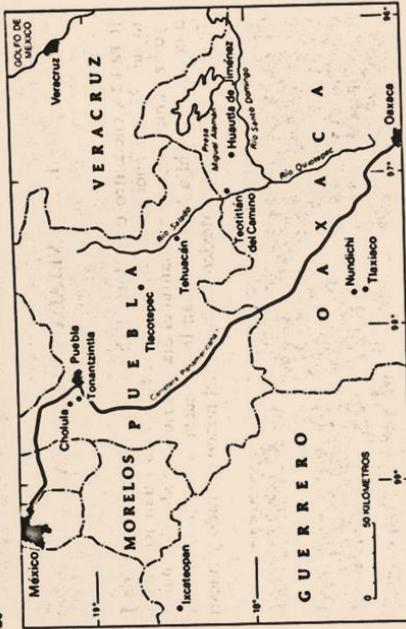


FIGURA 2. Mapa del centro de México en que se ve el territorio mazateca en relación con las ciudades de México, Oaxaca y Veracruz.

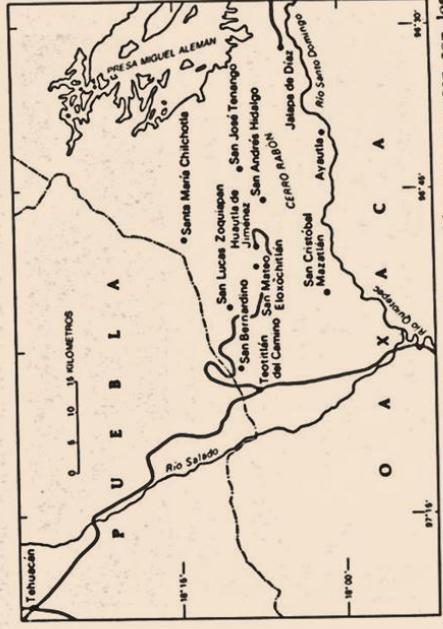


FIGURA 3. Mapa del país mazateca. Los pueblos que aparecen son los que se mencionan en el texto.

intercambiábamos saludos, comentábamos cómo iba la cosecha de maíz y los precios del café. Entonces, en ese momento, animado por la franqueza de ese hombre excelente, decidí plantearle la cuestión vital. (Se me había advertido que nunca me reuniera con las autoridades del pueblo: que a menudo eran de mala calaña, taimados, ridículos, en ocasiones llanamente deshonestos u hostiles.) Me incliné sobre la mesa y en voz baja dije: “¿Puedo contarte algo reservado?” Al momento el sindicó fue todo curiosidad, y el gesto se le hizo grave. “Me ayudaría a conocer los secretos de los *‘anti-xi’-ho?*” Recuerdo la forma en que lanzó hacia atrás los brazos, sorprendido por mi pregunta y porque yo supiera el nombre mazateca de los hongos sagrados. Sin vacilación me dijo que no había nada más fácil y que fuera a su casa a la hora de la siesta. Vivía en el otro extremo del pueblo, en el Plan de la Salida, a un par de kilómetros.

Poco después, cuando me reuní con Allan Richardson, este se emocionó tanto como yo ante la posibilidad de que finalmente abriéramos una brecha.

Poco después de las cuatro de la tarde, Allan y yo encontramos a Cayetano en casa, recostado en su hamaca descansando. La casa de Cayetano se encuentra directamente sobre la carretera, que corre al lado de las montañas. De la calle, se entra al nivel superior y ya dentro de la casa, al traves de un pequeño escalón en una esquina, se bala por una escalera empinada y tortuosa al piso de



FIGURA 4. La casa de Cayetano García donde se celebró la veillada. La puerta que conduce a la habitación inferior puede verse parcialmente. La fotografía fue tomada en 1955.

abajo, donde ocurrieron los acontecimientos que estamos a punto de relatar (véase la figura 5).

Sin dejar la hamaca, Cayetano pidió a sus hermanos menores, Genaro y Emilio, que nos llevaran al barranco y nos mostraran los hongos. Y así, unos minutos después de las cuatro, en aquel miércoles, descendimos tal vez unos cien metros, hasta la orilla de un riachuelo en la hondonada. ¡Qué sofocante y húmeda! En las últimas estribaciones de nuestro descenso bordeamos un campo plantado con caña de azúcar, y después llegamos al lugar donde la caña había sido molida, un espacio llano, del tamaño de un cobertizo para la trilla, lleno de bagazo en descomposición. Allí, en el basazo del año anterior, tal como Cayetano lo había asegurado, encontramos un gran montón de hongos que crecían en racimos; eran hongos sagrados, de los que nuestros amigos mazatecas

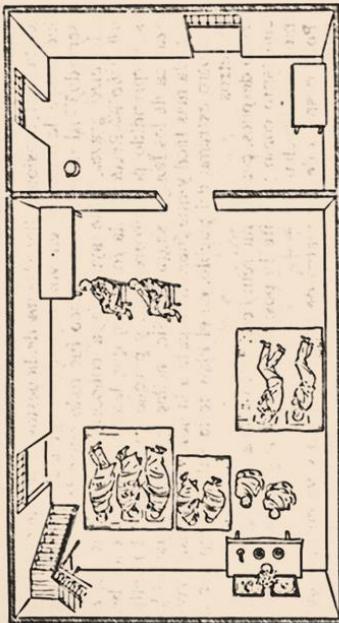


FIGURA 5. Diagrama de la habitación donde se llevó al cabo la velada.



FIGURA 7. Los hongos sagrados empleados en la velada, *Psilocybe caeruleans* Murrill var. *mazatecorum* Heim. En mazateca se les llama "derrumbe"; *miit'ixit'ho* *miit'ik'xo*.

conocen como *miit'ik'xo*, "derrumbe", pero entonces yo no los conocía. Nos dimos gusto tomándoles fotografías. Los recogimos en una caja de cartón; los hongos sagrados deben transportarse siempre en un fardo cerrado, sin exponerlos jamás a la vista de los transeúntes. Era un buen lote de hongos, casi todos tiernos, todos perfectos por su fragancia y por su humedad madurez. Los llevamos cuesta arriba hasta la casa, en nuestra caja de cartón repleta y cerrada. Se nos había advertido que si en el camino veíamos un animal muerto los hongos perderían su virtud; felizmente no vimos



FIGURA 6. Cayetano García con su esposa Guadalupe y una de sus niñas.

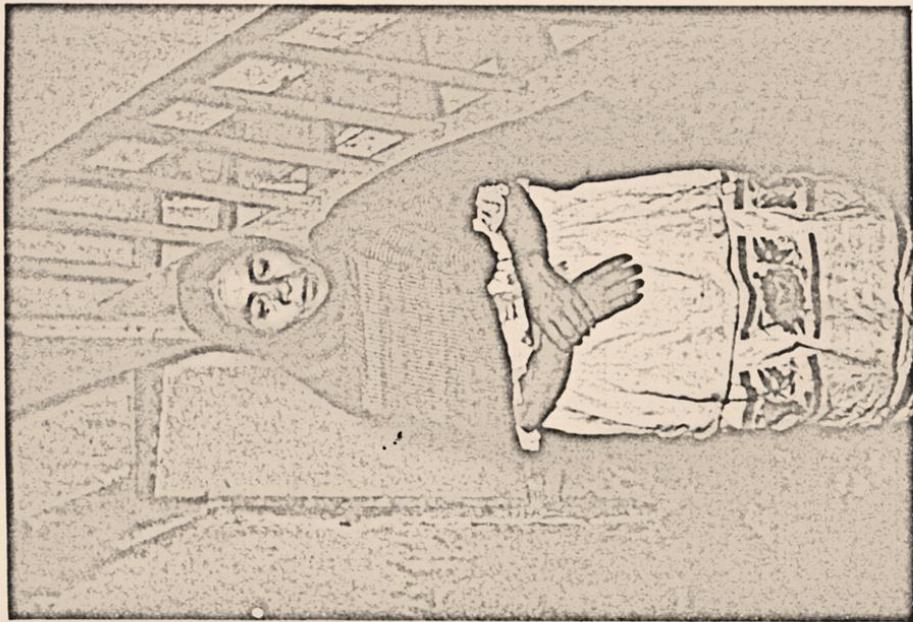


FIGURA 8. María Sabina.

ninguno. Estábamos en la época de lluvias, y en el húmedo sopor de aquella tarde asoleada el ascenso fue largo y agotador. Apenas acabábamos de regresar cuando Cayetano nos mandó, con su hermano Emilio como intérprete, a una casita que estaba algo más arriba, donde según dijo encontráramos "una curandera de primera categoría" que se llamaba María Sabina. "Ibamos a preguntarle si nos ayudaría esa noche. Encontramos a la "Señora," como la llamaban siempre nuestros anfitriones, recostada en un petate. Se hallaba sola, con una hija que ya se había levantado. Después de presentarnos por medio de Emilio, les enseñamos nuestros hongos y entonces las dos mujeres prorrumpieron en exclamaciones de alegría, por su belleza y su buena condición. Plantearon nuestra pregunta a la Señora y sin vacilación, mirándonos fijamente, dijo que sí y que nos sirviéramos estar en la pieza inferior de Cayetano después de que oscureciera. Ni ella ni su hija hablaban una palabra de español. No sabemos si les habían avisado que esperaran nuestra visita. (Después de escribir esto encontré una entrevista notable con María Sabina, escrita por Alberto Ongaro y publicada en *L'Europeo*, en Milán, el 25 de noviembre de 1971, mas de diecisésis años después del acontecimiento, en la cual la chamana dijo que el sindico de Huautla, don Cayetano, le había pedido que me ayudara, sin que ella supiera por qué, y ella sintió que no tenía opción. "Debi haber dicho que no.")

María Sabina era una cincuentona de modales solemnes, con una sonrisa llena de dignidad; era de corta estatura, como todos los de su raza y vestía el huipil mazateca. Su hija tendría algo más de treinta años y le era semejante en todo. Seguía la vocación de la madre. La Señora se encontraba en la plenitud de sus facultades y era fácil ver por qué Guadalupe, la esposa de Cayetano, nos había dicho que era "una Señora sin mancha", immaculada, alguien que nunca había deshonrado su profesión utilizando sus poderes para el mal. Ella sola, dijo Guadalupe, había salvado a los hijos de esta última de todas las enfermedades que tan grave morituidad causan entre los niños del país mazateca. Despues de aquella plática inicial pasariamos muchas veladas¹ con María Sabina y con su hija, y podemos confirmar que se trataba de una mujer de rara virtud espiritual y moral, dedicada a su vocación, una artista que dominaba las técnicas de su oficio. Fue su ejemplo lo que, por primera vez, nos impuso una norma que debería regir a todos los antropólogos

¹ De los mazatecas de Huautla que hablaban español, tomamos la palabra "velada" para designar la vigilia del chamán, que dura toda la noche. Apenas años después supimos por Alvaro Estrada, mazateca, que María Sabina utilizaba el equivalente mazateca, *je' xi' vi'pi'at'chou'n'v'e'*, que significa "eso que nos desvela".

en su trabajo de campo. En las culturas arcaicas, al igual que entre los pueblos desarrollados, cuando se considera a los individuos que son los portadores de la cultura existe una jerarquía de excelencia. No basta con confiar en los primeros informantes que se nos presenten, en cualquier chamarán deseoso de hablar. Toda el área cultural debe ser investigada con discreción y habrá que establecer comunicación con los mejores exponentes de las tradiciones antiguas. No debiéramos tolerar que ninguna de las ingentes dificultades de la existencia física en estas apartadas regiones, ni de comunicación, mitigara este deber.

El último miércoles de junio, después del ocaso, nos reunimos en la habitación del primer piso en casa de Cayetano. Ese piso inferior descansa por un lado contra la montaña, y en el opuesto hay una puerta que da acceso a una terraza de unos dos metros de ancho, que se abre vertiginosamente sobre la hondonada, que tiene un centenar de metros. Del otro lado del barranco la sierra mazateca desborda el horizonte, llena de su verdadero esplendor. En la terraza, en un extremo de la casa, habían construido un endebel anexo de madera, techado de paja, que servía como cocina. El interior del piso estaba dividido en dos por un muro de adobe enjalbegado (figura 5, p. 28). No había ventanas en ninguno de los dos cuartos, pero sobre la puerta que daba a la terraza un montante dejaba pasar algo de luz. Este piso se encontraba bien aislado de la vida del pueblo y más aún después del anochecer, cuando la gente se abstiene de salir a la calle. El círculo familiar era amplio: los niños de nuestros huéspedes eran numerosos y los padres y hermanos de Cayetano también estaban muy a la vista. Pollos y guajolotes tenían paso libre por el piso. Una gallina negra que empollaba en una de las mesas allí amontonadas era un testigo mudo de lo que acontecía. En total, en uno u otro momento, debió haber estado presente una docena de personas, en su mayoría miembros —jóvenes y ancianos— de la familia de Cayetano. La Señora llegó con su hija Apolonia. Ellas y todos los demás estuvieron encantados cuando los fotografiamos, y durante los preparativos tomamos muchas instantáneas, excepto de los padres de Cayetano, quienes resueltamente se opusieron a ello. Mas la Señora nos pidió, por medio de Cayetano, que “cuando la fuerza le agarrara” dejáramos de tomar fotos, y por supuesto lo hicimos. Cayetano dijo a una de sus hijas, una niña de diez años, que nos sirriera chocolate, y ella lo hizo con amabilidad, aunque un tanto ceremoniosamente. (Luego supimos que la hija debía ser “una doncella”.) De inmediato mis pensamientos se remontaron a Bernardino de Sahagún en el siglo XVI, quien cita a sus informantes para decir que se servía chocolate antes de tomar los hongos. Me volví hacia mi acompañante:

“Allan —le dije—, esto es. Ya estamos en esto, para bien o para mal”. Cayetano también nos ofreció café y pan de dulce, ninguno de los cuales era conocido de sus antepasados del México prehistórico; nosotros no los tomamos. Tanto Allan Richardson como yo estábamos muy impresionados por el ambiente de la reunión. Fuimos recibidos, y los sucesos de aquella noche se desarrollaron en una atmósfera de sencilla amistad que nos recordaba el ágape de los primeros tiempos del cristianismo. No había libertades excesivas en el trato. Los hongos recibían un tratamiento respetuoso, el de su sacralidad, pero sin demasiado formalismo. Los acontecimientos prosiguieron con un decoro natural. En esta ocasión ni en ningún otro tiempo o lugar hemos visto ni oido que se trate a los hongos como tema de chistes vulgares, de la clase que a menudo acompaña el uso del alcohol entre los pueblos “civilizados”. La atmósfera de respetuosa amistad era contagiosa y encontramos un placer en corresponder a la cordialidad con que se nos recibió. No existe ningún indicio de que algún hombre blanco haya jamás asistido a una sesión (cómo la queríamos a describir, ni de que haya consumido los hongos sagrados en ninguna circunstancia). Debido a razones profundamente arraigadas en el conflicto cultural a muerte entre los españoles y los indios, no es probable que jamás haya ocurrido ningún episodio de este género, que no hubiese sido registrado. Sahagún, Ruiz de Alarcón y otros autores españoles antigüos informaron, a partir de comunicaciones orales, acerca de reuniones de indios en que los enteogenos se servían a muchos, mas nuestras visitas anteriores a México nos habían hecho creer que tales prácticas eran desconocidas en la actualidad. Ahora descubrimos que aún sobreviven, y que aún hoy constituyen una experiencia central en la cultura del pueblo mazateca. Hoy día las reuniones se celebran a puerta cerrada, pero como la “consulta” de los hongos sagrados es asunto doméstico, íntimo, tales reuniones no podrán haber sido siempre privadas?

Apenas anochecía cuando Cayetano nos advirtió que nadie, por ningún motivo, debía salir de la casa antes de que amaneciera, y nos mostró la rudimentaria disposición que habían hecho en un rincón del ojo cuarto para satisfacer las necesidades fisiológicas. El desdén de los españoles por los ritos indígenas y su condensación por parte de la Iglesia como herejías idólatras no acabaron con tales asambleas de rancia estirpe, pero ciertamente las forzaron a ocultarse más profundamente. Nuestros anfitriones se encontraban obviamente satisfechos por nuestro sincero y entusiasta interés en cuanto ocurría, ante nuestros ojos. El simple hecho de nuestra participación debió de convertir aquella noche en una ocasión memorable para ellos. Se habían vestido especialmente

te para el acontecimiento. Sobre todo Genaro estaba resplandeciente con su hermoso sarape a rayas y sus albeantes bombachas de algodón que, según la usanza india, carecían de botones y se sostenían con cuerdas atadas a la cintura. Hicimos cuanjo estuvo a nuestro alcance para mostrar, mediante nuestra respetuosa conducta, que la ceremonia que presenciábamos poseía una dimensión religiosa completa. Estábamos conscientes de lo comprobadora que resultaba nuestra situación. Nos encontrábamos asistiendo como participantes en una ceremonia de ingestión de los hongos sagrados que tenía un interés antropológico singular, y que se desarrollaba según una tradición de insondable antigüedad.

En la habitación había unas cuantas sillas de madera, de construcción casera, y al principio Allan y yo las usamos; la mía estaba en un rincón del cuarto, a la izquierda de la mesa que servía como altar. El hermano de Cayetano —Genaro—, y tal vez alguna otra persona permanecieron sentados en las sillas toda la noche. Los demás se tendieron o se recostaron en petasas sobre el piso, envueltos en sarapes, con la natural excepción de la Señora y su hija, quienes vestían huipiles con idénticas aves rojas bordadas, y que

se sentaron ante el altar en petasas. Se sentaron con lo que parecía una formalidad semiestudiada: la hija un tanto atrás de la Señora y ligeramente a su derecha. Más tarde, en la oscuridad, apenas podíamos distinguir sus sombras triangulares cuando primero una y después la otra alzaban la voz en sus cantos. Fue entonces, al esfumarse los detalles en las tinieblas y persistir únicamente los volúmenes geométricos, cuando me recordaron violentamente las pirámides que son el rasgo arquitectónico distintivo del México prehispánico. ¿Acaso no podrían las pirámides haber sido originalmente una estilización geométrica del indio en adoración, sentado en su estera; de los dioses que eran la proyección amplificada de él mismo?

Antes de seguir adelante debemos mencionar que cuando solicitamos los servicios de la Señora, en la tarde, ella nos preguntó qué problema nos afligía. Yo estaba advertido de esto y le contesté que queríamos saber de nuestro hijo Peter, entonces en el ejército. ¿Cómo se encontraba? ¿Vivo, muerto, enfermo, de buen humor, en alguna dificultad? Esto le pareció justificación suficiente. Contábamos con que Cayetano nos acompañaría toda la noche como guía e intérprete. Observamos que ni él ni Guadalupe tomaron los hongos. Cuando estábamos acabándonos los nuestros, Cayetano nos informó que él y su mujer se retirarían por las escaleras y el estillón al piso superior, donde nos protegerían de interrupciones de la calle. Cayetano dejaría a su hermano Emilio para que actuara como nuestro mentor. Comprendimos que cada uno de los otros adultos que tomaban los hongos estaba consultando a María Sabina, al igual que nosotros, acerca de dificultades personales.

Hacia las diez y media, la Señora y su hija ocuparon sus posiciones ante la mesita que servía de altar. En ella había dos estampas religiosas, a la izquierda el Santo Niño de Atocha y a la derecha el Bautismo en el Jordán, con un ramo de flores en frente, un crucifijo escondido entre las flores, tres velas de cera de abejías virgen encendidas, y una veladora. Había también dos ollas de barro y algunas tazas. Entonces la Señora abrió nuestra caja de hongos y comenzó a quitar con los dedos los terrones más grandes y a pasar los hongos con la mano sobre copal, que ardía en una tapadera de metal en el piso. María Sabina puso en cada una de las dos ollas trece pares de hongos; una de las ollas era para ella y la otra para su hija. En cada una de las tazas puso cuatro, cinco o seis pares y después las entregó a los adultos que tomarían los hongos. (Los hongos se cuentan siempre por pares, en parejas.) Los niños no recibieron ningún hongo; estaban muy emocionados con los cánticos y los acontecimientos que ocurrían en su presencia. A mí la Señora me dio una taza con seis pares. Nuestros lec-



FIGURA 9. La adoración de los hongos. La sabia María Sabina (derecha) y su hija Apolonia. Huautla, la noche del 29 de junio de 1955.

tores podrán imaginar mi alegría ante esta culminación dramática de años de pesquisas. Después le extendió una taza con seis pares al pobre de Allan. Mary, su esposa, había consentido, a regañadientes, en que su marido me acompañara sólo después de hacerlo prometer solemnemente que no permitiría que esas detestables setas entraran en su boca. Allan se enfrentaba a un dilema, pero rechazar los hongos habría frustrado a nuestros amigables camaradas indios, de manera que decidió arreglárselas primero con el problema más inmediato, y aceptó la taza. (Tiempo después, cuando lo tuvo sano y salvo en Nueva York, Mary le dio una pronta absolución.) Para entonces, todas las luces del cuarto estaban apagadas, excepto la veladora. Siguiendo el ejemplo de la Señora, comenzamos a masticar y a tragar los hongos. Nuestra chamana comía el sombrerito y el estipe y nosotros hicimos lo mismo. Comí los hongos uno por uno, con la mayor solemnidad, masticándolos durante largo rato. No los tomó por pares, como Aurelio Carreras lo había hecho en 1953. Los tomó uno por uno, aunque al repartirlos los había contado por pares. El sabor de los hongos es acre y desagradable. Este gusto peculiar repite, como lo hace una bebida gaseosa, e invadía el conducto nasal. Descubrí después que los indios, en contraste con nosotros, lo encuentran delicioso. (Mucho tiempo después Robert Weitlaner lo comparó al de la grasa rancia, un sabor que no nos resulta familiar. Para el momento en que estoy escribiendo estas líneas, en 1977, he comido muchas de las especies de hongos enteogénicos que se usan en Mesoamérica, y todos ellos están marcados por este sabor y dejo singulares e inolvidables, que parecen ser la marca distintiva de las especies divinas.)

Todos nosotros comimos nuestros hongos de cara a la pared donde se encontraba el altar. Los comimos en silencio, excepto el padre de Cayetano, don Emilio, que consultaba a los hongos respecto a su antebrazo izquierdo, que estaba infectado. Al tragar cada hongo don Emilio sacudía la cabeza violentamente y profería un chasquido, como en reconocimiento de su potencia divina. Según dije antes, yo estaba sentado en un rincón, a la izquierda del altar, una posición aventajada desde la cual podía observar cuánto sucedía. Por medio de Cayetano, la Señora me pidió que me cambiara de lugar porque el Lenguaje descendía allí.

Veinte años después, cuando contó a Alvaro Estrada la historia de su vida, la Señora explicó su concepto del Lenguaje. En un notable pasaje, dice:

...veo que el Lenguaje cae, viene de arriba, como si fuesen pequeños objetos luminosos que caen del cielo. El Lenguaje cae sobre la



FIGURA 10. María Sabina pasa los hongos sobre el copal, la noche del 12 de julio de 1958. Al fondo se ve Apolonia.

mesa sagrada, cae sobre mi cuerpo. Entonces atrapo con mis manos palabra por palabra. [La vida de María Sabina, p. 126.]

La Señora concibe un "boquete" místico en el techo o en la parte superior de la pared. En su mente añade otra dimensión a los asuntos que comentamos adelante, en el capítulo VII.

Me senté en mi silla, al lado de Allan, inmediatamente atrás de la Señora. Tardamos una media hora en ingerir nuestros seis pares de hongos. Hacia las once de la noche todos habíamos dado cuenta de nuestras respectivas porciones; al tomar el último bocado, la Señora se santiguó. Después esperamos en silencio. Tras unos veinte minutos la Señora tomó una flor del ramillete y poniéndola hacia abajo, como si fuera un apagador, extinguí la última de las velas. Habriamos quedado envueltos en una tiniebla infernal, pero por fortuna la noche era clara y una luna casi llena que asomaba por el montante de la parte superior de la puerta nos daba apenas la luz suficiente para hacer visible nuestra oscuridad. Serían las 11:20 cuando Allan se inclinó hacia mí desde su silla y me dijo con un susurro que estaba sintiendo escalofríos. Lo envolvimos en una cobija. Poco después se inclinó de nuevo y me dijo: "Gordon, estoy comenzando a ver cosas", a lo cual le di la confortante respuesta de que lo mismo me acontecía. Allan se reclinó a lo largo del muro en el gran petate que habían tendido para nosotros, y un momento más tarde yo lo imité.

Excepción hecha de los niños, que no habían tomado hongos, nadie durmió esa noche hasta cerca de las cuatro de la mañana. (La última de las anotaciones en mi libreta fue a las 3:50.) No teníamos sueño. En todo momento estuvimos alerta lo mismo a nuestros experimentos subjetivos que a cuanto sucedía a nuestro derredor en la oscuridad. Yo tomé notas más o menos incompletas en forma intermitente, y llevé registro de las horas. Pero Allan y yo estábamos conscientes de que no éramos los mismos de siempre. Yo tenía dudas respecto a los hongos. Por una parte deseaba experimentarlos por entero, descubrir qué era lo que experimentaban los indígenas; por otra, quería rechazar sus efectos y permanecer como observador imparcial. Pero los hongos no me dieron opción. Se apoderaron de mí en forma total y arrebataron. No hay mejor manera de describir esa sensación que decir que era como si mi propia alma me hubiera sido exiliada del cuerpo y transportada a un punto flotante en el espacio; atrás quedaba el cáscara de arcilla, mi cuerpo. Allí quedaban nuestros cuerpos mientras nuestras almas se remontaban. Los dos sentíamos náuseas; dos veces fui al otro cuarto a vomitar. Allan lo hizo tres veces. Una o dos personas más, a quienes no reconoci en la oscuridad, hicieron lo

mismo. (Recuerdo lo frustrante que era devolver: temía que eso me impidiera sentir el efecto en su plenitud.) Pero estos episodios parecían no tener importancia, pues los dos estábamos viendo murmullos para comparar nuestras notas. Al principio vimos formas geométricas; angulares, no circulares, de los más vivos colores, como las que ornáran telas o tapices. Despues aquellas formas se convirtieron en estructuras arquitectónicas, con columnatas y arquitrabes, patios de esplendor regio, toda la cantería en colores brillantes, oro y ónix y ébano, todos los materiales ensamblados con el mayor ingenio y primor, en un despliegue de la mayor magnificencia que se extendía más allá del alcance de la vista. Por alguna razón estas visiones arquitectónicas parecían orientales, aunque en cada etapa yo me decía que no correspondían a ningún país oriental específico. No eran japonesas ni chinas ni indias ni islámicas. Más bien parecían pertenecer a la arquitectura imaginaria descrita por los visionarios de la Biblia. En la estética de este mundo descubierto la sencillez ática no tenía cabida; todo era deslumbrantemente abigarrado.

En cierto momento bajo la pálida luz de la luna el ramillete que había en la mesa adquirió las dimensiones y la forma de un carro imperial, un carro triunfal tirado por criaturas zoológicas concebibles solamente en una mitología imaginaria, que llevaba a una mujer ataviada con regio esplendor. Con los ojos bien abiertos velamos venir las visiones en sucesión interminable: cada una surgía de la anterior. Temíamos la impresión de que los muros de nuestra humilde morada se habían desvanecido, de que nuestros espíritus, libres de toda traba, flotaban en el imperio, al impulso de rachas divinas, poseídos por una movilidad sobrenatural que nos transportaba a cualquier sitio con la velocidad del pensamiento. Ahora estaba claro por qué en 1953 don Aurelio y otros nos dijeron que los hongos "le llevan ahí donde Dios está". Solamente cuando, por un esfuerzo consciente, tocaba la pared de la casa de Cayetano, regresaba yo a los confines de la habitación en que todos nos encontrábamos, y este contacto con la realidad parece haber sido lo que me provocaba náuseas.

En aquella noche del 29 de junio no vimos seres humanos en nuestras visiones. (La mujer de regio atavío ciertamente no era humana.) La noche del 2 de julio volví a tomar hongos en la misma habitación, con la Señora de nuevo como oficialente. Si hemos de anticipar lo que sucedió, en esa segunda ocasión mis visiones fueron diferentes. No hubo figuras geométricas ni edificios de esplendor oriental. En lugar de las figuras aparecieron motivos ornamentales de los períodos isabelino y jacobita de Inglaterra: armaduras

de exhibición, escudos de armas, las tallas de sítiales de coro y de sillas catedralicias. No las ensombrecía la patina del tiempo. Todo estaba recién salido del taller del Creador, pristino en su acabado. Lo único que el espectador podía hacer era suspirar por la capacidad que hubiese podido fijar aquellas hermosas formas en papel o en metal o en madera, de modo que no se perdiesen en una visión. También estas imágenes brotaban una de la otra; cada una iba surgiendo del centro de la precedente. Al igual que en la primera noche, las visiones parecían preñadas de sentido. Diríase los arquetipos mismos de la forma y del color hermosos. Nos sentíamos en presencia de las Ideas a que se refirió Platón. Al decir esto no queremos que el lector crea que estamos cayendo en una expresión meramente retórica, que queramos atraer su atención por medio de una metáfora extravagante. Para el mundo, nuestras visiones eran y deben quedar como "alucinaciones". Mas para nosotros en ese momento no eran figuras mentirosas o nebulosas de objetos reales, ficciones de una imaginación desquiciada. Lo que estábamos viendo era, lo sabíamos, la realidad única, de la cual las manifestaciones cotidianas son simples bosquejos imperfectos. En ese momento también nosotros teníamos conciencia de la novedad de nuestro descubrimiento, y estábamos deslumbrados por él. Sea cual fuere su procedencia, el hecho contundente y pasmoso es que sentíamos nuestras visiones con mayor claridad que cuanto pasa por ser la realidad mundana; para nosotros que las experimentábamos, eran superiores en todos sus atributos, estaban vestidas de mayor autoridad.

A continuación de las visiones que he descrito, en ambas ocasiones vi paisajes. El miércoles fue un vasto desierto visto desde lejos, con descollantes montañas en el horizonte, terraza sobre terraza. Por las faldas de la cordillera se abrían camino caravanas de camellos. El sábado eran estuarios de ríos inmensos rebosantes de agua transparente, con amplias oleadas desbordándose sobre los cañaverales que se extendían a una misma distancia de la ribera. En esta ocasión los colores eran en tonos pastel. La luz era buena aunque suave, como si viniera de un sol horizontal. En ambas noches los paisajes respondían a la voluntad del espectador: cuando un detalle le interesaba, el paisaje se aproximaba con la velocidad de la luz y el detalle aparecía con claridad. Mientras yo veía las caravanas de camellos en la lejanía, un impulso se apoderó de mí: de inmediato me encontré a su lado, escuchando su pesado resoplar, el tintineo de sus campanas, su bamboleo bajo el peso de los cargamentos; percibiendo su hedor. El sábado, el estuario parecía desierto de aves y de toda vida humana, hasta que de pronto apareció una tonta cabaña y cerca de ella una mujer

inmóvil, sentada en un bloque de piedra. Por la figura y el rostro y la vestimenta, se trataba de una mujer, y por supuesto la visión era en color. Podía ver su alienio. Sin embargo era una estatua por la forma en que estaba sentada, sin expresión, sin hacer nada, con la vista perdida en la lejanía. Se le habría podido comparar con esas esculturas griegas arcaicas en que una mujer contempla el infinito, mejor aún, con la mujer que parte en las estelas funerarias griegas y clava la vista en la eternidad; excepto que nuestra visión era de una mujer viva, y las esculturas griegas, de mármol blanco, son simples imitaciones en piedra de lo que estábamos viendo. En algún sitio escribí alguna vez que quien ha ingerido los hongos queda suspendido en el espacio; es una mirada descarnada, invisible, incorpore, viendo sin serviría. En realidad, es los cinco sentidos descarnados, todos ellos afinados en el más alto registro de sensibilidad y atención; todos ellos mezclándose unos con otros en la manera más extraña, hasta que la persona, completamente pasiva, deviene un puro receptor de sensaciones infinitamente deliciado. Lo que uno mira y lo que uno escucha parece ser una misma cosa: los cantos y las percusiones asumen formas armoniosas y sus armonías adquieren formas visuales, mientras lo que uno mira adopta las modalidades de la música: la música de las esferas. Lo mismo ocurre con el sentido del tacto, del gusto, del olfato: todos los sentidos parecen funcionar como uno solo. Mi sentido del olfato siempre ha sido débil pero entonces por primera vez penetró en el mundo de los olores: armonías delicadas e iridiscentes en que otras criaturas pasan la vida.

Durante ambas noches permanecí largo rato de pie en la habitación de Cayetano, en el arranque de la escalera, agarrándome del barandal, paralizado en extasis por las visiones que miraba en la oscuridad con los ojos abiertos. Por primera vez la palabra extasis adquirió un significado objetivo para mí. "Extasis" no era el estadio espiritual de alguna otra persona. Ya no era un superlativo trillado, gastado por el uso excesivo y el abuso. Significaba algo diferente y superior en clase, acerca de lo cual ahora podía yo atestiguar con conocimiento. Ocurrió en cierto momento, el sábado, que pareció como si las propias visiones fuesen a ser trascendidas y unas pueras sombrías que se alzaran en lo alto, fuera del alcance de la vista, estuvieran a punto de abrirse, y yo me encontraría en presencia de lo Esencial. Yo me sentía volar hacia aquellas puertas augustas como si fuera una mariposa frente a un faro encogecedor, y las pueras se abrían y me franquearían el paso. Pero no se abrieron, y con un ruido sordo caí en tierra, jadeante y sin aliento. Me sentí frustrado pero también temeroso y hasta cierto punto aliviado por no haber llegado a la presencia de lo Inefable, de



FIGURA 12.

ma de pronunciar había una aplomo y una resonancia que bastaban para imponerla. Mas tarde en la noche hubo un momento en que la Señora fue hasta la puerta de la terraza y salió, sin soltar la puerta. (Ella estaba exenta de la prohibición de abandonar la casa, que nos afectaba al resto de nosotros.) Cuando volvió a entrar dejó la puerta ligeramente entornada, y la vimos avanzar de rodillas al través del espacio libre en el cuarto, y después volverse a la derecha hacia el altar. Tenía las manos alzadas al nivel de los hombros, con las palmas hacia el frente. Mientras avanzaba lentamente, entonaba un cántico que semejaba un intrito de frases musicales indescriptiblemente tiernas y quejumbrosas. También su hija



FIGURA 13.

donde, según yo lo sentía en ese momento, no habría regresado, pues alcancé a percibir que en la radiancia divina me había estado acechando una pronta extinción.

(Mas tarde, en territorio zapoteca, el chamán Aristeo Matías nos relató, por medio de una incitante parábola, cuáles son las cuatro etapas por las que uno debe pasar desde la sorpresa y la turbación iniciales hasta que finalmente uno llega al dominio de los hongos. En sus palabras encontramos el consejo paternal de un experto a quien habíamos confesado que aspirábamos a seguir su vocación. Nos dijo que hay, o por lo menos puede haber, un desarrollo, una evolución, en las experiencias entogénicas provocadas por los hongos. Después de un buen número de experiencias con los hongos no dudo de lo que dijo don Aristeo. Al comienzo, el principiante se encuentra confundido y anonadado por el asombro, pero tras repetidas experiencias llega a habérseleas con los hongos en términos de igualdad. Su desorientación inicial contrasta agudamente con la disciplina de que hace gala el chamán, quien ingiere una dosis enorme y cuya actuación está regulada con precisión, e incluso puede ser sincopada.)

Durante aquella noche de junio nos hallábamos divididos en lo más profundo de nuestro ser. En un nivel, el espacio había quedado aniquilado para nosotros y nos encontrábamos viajando con la velocidad del pensamiento a nuestros mundos visionarios. En otro, estábamos acostados allí en nuestros petates, tratando de tomar notas, Allan y yo, intercambiando comentarios en susurros, alerta a cada sacudida, cada punzada de nuestros pesados (oh, tan pesados!) cuerpos de arcilla, sujetos a la tierra. Al mismo tiempo nos encontrábamos ambos atados por lo que sucedía en la habitación, a nuestro derredor. Pues la Señora y su hija pasaron toda la noche ocupadas en una celebración religiosa que no esperábamos y que nadie nos había descrito.

Después de que la Señora hubo apagado la última vela, siguió un silencio quizás de veinte minutos. La luna brillaba intensamente afuera, y su órbita era tal que el rayo de luz que entraba por encima de la puerta caía directamente sobre la mesa que servía de altar, aunque era poco lo que hacia para vencer la oscuridad. De pronto la Señora comenzó a planchar, al principio en voz baja, después más fuerte. Había pausas de silencio y luego renació el canturreo. Después se detenía la cantilena y la Señora comenzaba a articular sílabas aisladas, cada una de las cuales consistía de una consonante seguida de una vocal, pronunciadas en un tono agudo. Las sílabas se sucedían chasqueantes con rapidez, rasgando la oscuridad como púfales, dichas, no cantadas. Después de un rato las sílabas comenzaron a aglutinarse en lo que tomamos por palabras, y la Señora



FIGURA 11. María Sabina invoca a los hongos sagrados.

Señora comenzó a cantar. Los cánticos continuaron en forma intermitente durante toda la noche, primero a cargo de la Señora y después de su hija, y a continuación alternativamente una o la otra. El canto era en mazateca, solo ocasionalmente en latín o en español, con palabras aprendidas de memoria, y no había nadie que nos tradujera lo que decía. Después supe que en su mayor parte la música era de origen indígena. Ambas mujeres cantaban en esa forma peculiar que parece siempre señalar la enunciación de los ensalmos milenarios; gran parte de los cantos me parecía transida de melancolía. La voz de la Señora no era fuerte; probablemente no tanto fuerte como para oírse en la carretera del pueblo. Pero en su fuer-

cantaba bien, aunque le faltaba autoridad. De vez en cuando, mientras ellas cantaban, los hombres que habían tomado los hongos, en especial Genaro y Emilio hijo, prorrumpían en palabras, gruñidos, frases cortas y ruidos vocálicos. No sabemos qué decían, pero al parecer intervenían con sus voces para seguir los cánticos, en forma tal de producir una armonía extraña.

El canto no era continuo. A ratos la Señora hablaba, como si invocara a los espíritus o como si el Espíritu Santo hablara al través de los hongos. Escuchamos los nombres de Cristo (que ella pronunciaba con una *r* intrusa: *Cristros*), de San Pedro y San Pablo, la oímos gritar "Pedro" una y otra vez con un tono implorante, y supimos que los hongos estaban luchando con el problema de Pedro. Emilio llegó hasta nosotros y murmuró que Pedro estaba vivo y bien, arrepentido por no habernos enviado noticias suyas. Pedimos información más detallada, pero Emilio dijo que como también nosotros habíamos comido los hongos, podíamos esperar que nos hablaran directamente. A continuación nuestro intérprete, Emilio, se desvaneció en la oscuridad por el resto de la noche.

A diferencia de los cánticos, lo que se decía era lozano y vibrante y rico en expresividad. Los hongos iban al grano. No sospechamos nunca qué instrumento tan sensible y poético podía ser la lengua mazateca. Los arranques intermitentes del monólogo de la Señora parecían animados de una emoción mística, prefados de un sentido dramático. Ante nosotros mismos, una sacerdotisa de la religión antigua estaba pronunciando una retahila de dictados oraculares, velozmente y decididos, con autoridad. ¡Cuánto lamento no tener a nuestro alcance los medios para grabar su voz! (Nos preguntamos entonces si nuestra capacidad crítica no estaba perturbada por los efectos de los hongos, de manera que estuviésemos sobrevaluando la calidad de lo que hacía la Señora. Después, cuando grabamos sus canciones, descubrimos que ciertamente eso había sucedido. Pero aquí nos encontramos ante una aberración típica del síndrome del éxtasis fungico, y nuestro testimonio sirve al menos para dejar prueba de esto y asentar que nuestras alucinaciones afectaban todos los sentidos y no simplemente la vista.)

¹ Publicamos después una grabación parcial de una velada que se celebró en 1956: Folkways Record and Service Corporation FR 8075, con traducción y comentario a cargo de Eunice V. Pike y Sarah C. Gudchinsky. A esto le siguió una edición formal de una velada completa que se llevó al cabo en 1958: *Maria Sabina and Her Mazatec Mushroom Velada*. Harcourt Brace Jovanovich, Inc., Nueva York, 1974. En esta ocasión nuestros lingüistas fueron George y Florence Cowan, y Willard Rhodes actuó como etnomusicólogo. La velada de 1956 fue nuevamente traducida, al español, por Alvaro Estrada con el auxilio de la propia María Sabina, y publicada en 1977 en *La vida de María Sabina*, pp. 133-160.



FIGURA 14. María Sabina invoca a los hongos sagrados. Al fondo se ve Aurelio.

Las salmodias y las exclamaciones oraculares resultaron ser solemnemente una parte de lo que presenciaríamos. Todavía en los principios de la ceremonia sentímos que la Señora se encontraba de rodillas o de pie ante el altar, accionando con los brazos. Lo descubrimos porque la escuchamos y lo confirmamos sin lugar a dudas con el austilio de la tenue luz de la luna. Después, mucho más

avanzada la noche, cuando su hija se hizo cargo del canto, la Señora llegó hasta el espacio abierto entre nosotros y la puerta, y se entregó a una especie de danza que debió de durar dos horas o más. Esta fue la única ocasión en que presencie su danza: al considerarlo llegó la conclusión de que la Señora estaba ejecutando para nosotros una ceremonia muy especial. No sabemos con precisión qué hizo, por causa de la oscuridad, pero se encontraba entre nosotros y la abertura de la parte superior de la puerta, y pudimos solamente columbrar que giraba en el sentido de las manecillas del reloj, dando la cara sucesivamente a cada uno de los cuatro puntos cardinales, mientras alzaba y bajaba los brazos. Su hija cantaba, pero la Señora no guardaba silencio. Había emprenido un larga sesión de percusiones de un tipo que no nos era familiar. Había una distinción en el tono de los golpes y a veces la estructura de las frases nos parecía compleja. No podemos asegurar cómo lograba los sonidos, pero conjecturamos que palmeaba las manos, las rodillas, la frente, el pecho. Nos impresionaba la claridad del fraseo. Cada golpe resonaba. El efecto percusivo variaba agudamente en ritmo y en volumen, y a menudo era sincopado. Tomando en cuenta el papel que desempeña el tono en el mazateca, nos preguntamos si la Señora estaría hablando percusivamente. Cada una de las dos noches en que estuvimos con ella, la Señora se enjuagó la boca una vez, con agua, y también las garzas eran rítmicas y quizás diferenciadas desde el punto de vista tonal. A continuación escupió el agua en el piso, sin ningún ritmo. El sábado en la noche, a la luz de una linterna vimos y oímos cómo castañeteaba ritmicamente sus largas uñas. Un rasgo notable de la sesión de percusiones del miércoles en la noche fue su propiedad de ventriloquía. Durante largo rato permanecimos en las masas fundas tinieblas mientras la hija cantaba y la Señora ejecutaba su extraña danza con el acompañamiento de las percusiones. Mientras ella se daba resonantes palmadas, nosotros percibíamos los sonidos como procedentes de la noche, en diversas direcciones. Recuerde el lector que durante todo este tiempo estábamos viendo nuestras visiones y atendiendo a las sensaciones auditivas que nos proporcionaban aquellas dos mujeres. Allí nos encontrábamos visualmente suspendidos en el espacio ante el vasto panorama de, digamos, el desierto de Gobi, con un acompañamiento de cantos y con chasquidos percusivos asalándonos, ahora de lo alto, ahora aquí, ahora allá, exactamente como el fantasma de Hamlet, *hic et ubique*, golpeandolos con mordiente precisión desde imprevisibles direcciones, desde abajo de nosotros en un susurro, más allá de nuestros pies en el petaite, de la noche misma, como si un coro de criaturas invisibles arrastradas por el viento poblaran el lugubre vacío en

derredor nuestro, asombrándonos con sus cambiantes y variados gritos. Este efecto de ventriloquía pudo deberse a la manera en que la Señora se volvía en diferentes direcciones mientras ejecutaba la ceremonia, de manera que el sonido rebocara hacia nosotros desde el techo o las paredes.³ Y durante todo ese tiempo también sentíamos el coro, desigual y amortiguado, que formaban las exclamaciones exáticas de los indios reclinados en el piso. Aunque nos hallábamos confinados en una habitación sin ventanas y con la puerta cerrada, en cierto momento escuchamos el silbar del viento, tal como si en verdad estuviéramos suspendidos a la intemperie. ¿También esto fue una alucinación? Si fue así, todos la compartimos, pues cuando el viento soplió contra nosotros hubo comunicación general, se encendieron lámparas y vimos que nuestros amigos indios se incorporaban hasta quedar sentados, sorprendidos de haber sentido la caricia del Aliento Divino.

Repentinamente, en la noche hice un descubrimiento. A la luz de un cigarrillo que alguien fumaba, vi a la Señora, enfrascada en su danza, llevarse a los labios una botellita. Por su inclinación, la botellita parecía estar casi vacía. Pocos minutos después la Señora comenzó a golpear la base de la botella contra el petaite. Lo hacía con un ritmo perfecto, uniforme, rápido, tal vez cien golpes por minuto, y siguió haciéndolo durante una eternidad, por muchos minutos sin interrupción, hasta que Allan y yo difficilmente podíamos soportarlo y comenzamos a gemir angustiados. El golpeteo repetido de alguna manera resonante, llegó a ser extremadamente doloroso, un tormento que podría haber sido descrito por Poe. Cuando la noche hubo transcurrido y nos estábamos levantando, me empeñé en encontrar la botella y olerla. No hubo lugar a dudas: era una anforita ordinaria de aguardiente de caña. Es probable que la Señora la haya compartido con su hija, pero no estamos seguros de ello. Consultamos a Cayetano al respecto. Si, invariablemente la persona que llega a un acuerdo con la Señora debe regalarle de antemano un cuarto de esta fuerte bebida. En nuestra ignorancia, nosotros habíamos descuidado esa obligación, pero Cayetano había llegado en nuestro rescate. Aurelio, y también nuestros amigos de la región mixe,⁴ nos habían dicho siempre que el alcohol era tabú antes, durante y después de ingerir los honros, y no hemos logrado encontrar cómo puede reconciliarse nuestra

³ Esto fue inicialmente escrito en 1956 o 1957, pero véanse las páginas 62-3 para encontrar la explicación del efecto de ventriloqua.

⁴ Un pueblo remoto que, según algunos, está emparentado con los mayas, de los cuales se apartaron antes de que estos últimos hubiesen alcanzado el espíritu cultural que los arqueólogos estudian y admiraron. Visitamos a los mixes en 1954 y de nueva cuenta en 1959.

experiencia con dicha información. Pero naturalmente la celebración de la Señora fue diferente, de principio a fin, de lo que Aurelio nos mostró en 1953. Ahora habíamos asistido a dos veladas de toda la noche y en ambas se habían consumido los hongos sagrados, aunque habían sido notablemente distintas en todo lo demás. La liturgia augural de Aurelio, con el complejo papel desempeñado en ella por los accesorios, podría en principio llevarse al cabo sin hongos; en cambio en casa de Cayetano los hongos eran esenciales. Le contamos a Cayetano de esa otra celebración que habíamos visto en 1953 en el país mazatleco. Él estaba al tanto de esa otra ceremonia, y nos dijo que la Señora era igualmente competente en ambos ritos. No logramos descubrir, sin embargo, cuándo se prefiere un método al otro.

A intervalos, a lo largo de la noche, quizá cada cuarenta minutos o algo así, había lo que podemos describir sólo como intermedios. Tras haber gradualmente llegado a un vigoroso clímax de expresión, la Señora y su hija se sumían en el silencio. (Recordamos uno de tales clímax en que la Señora, medio cantando, medio declamando, profirió en una interminable repetición y con violencia montaraz la sílaba *chijon*. Despues suprimimos que ese *chijon* significaba "mujer", y que había estado acrediándose como chamana mientras dirigía sus suplicas al hongo.) Durante tales intermedios nuestras dos oficiantes y nuestros amigos indios que yacían en el piso encendían cigarrillos (ordinarios) y fumaban mientras se enfrascaban en la conversación más animada. Era obvio que estaban discutiendo lo que sucedía, pero no contábamos con un intérprete. Encendían linternas. Aprovechamos esos momentos para estudiarnos a la Señora. No se hallaba en trance. Es decir, estaba como cualquiera de nosotros, hablando y fumando. Pero se encontraba en un estado de excitación, con los ojos relampagueando, con una sonrisa que no era ya aquella solemne sonrisa que habíamos observado antes, sino que estaba preñada de animación y, si podemos usar la palabra, de *caritas*. Pues hay otra faceta importante de los hongos que debemos mencionar. El espíritu de un ágape, del que ya hemos hablado, era el preludio a un brote de sentimientos tiernos o generosos que el hongo provocaba en cada uno de los asistentes. Para ilustrar esto recordemos cómo, la primera vez que la náusea me hizo pasar a la habitación adyacente para vomitar, la Señora, que estaba en pleno canto, de inmediato suspendió la celebración, y tanto ella como los demás manifestaron la solicitud más embarazosa (para mí) acerca del penoso incidente que, después de todo, resultaba trivial. En las dos noches que pasamos en casa de Cayetano, no advertimos ningún estímulo erótico entre los presentes. Sin embargo, los asistentes sintieron que entre nos-

otros había quedado establecido un vínculo cordial, debido a la noche trascendental que habíamos pasado en compañía mutua, y yo también sentí ese lazo de unión. Dos veces en el curso de aquella primera noche la Señora alargó la mano derecha hacia mí y buscó mis dedos para tocarlos en un saludo amistoso por encima del abismo que constituyan las diferencias culturales y de lenguaje. Los indios de Mesoamérica son conocidos por su reticencia a demostrar afecto, aun dentro del círculo familiar. Ahora estaba en claro que los hongos los emancipan de esta clase de inhibiciones, y lo que presenciamos la noche del miércoles fue confirmado de sobra durante nuestra segunda sesión, el sábado 2 de julio.

Después de la primera ceremonia Allan y yo, bastante sorprendidos y aun abrumados por lo que habíamos presenciado, estábamos dispuestos a decir "nunca más". Pero en la mañana del sábado había muchos puntos que necesitábamos aclarar, así que, por medio de Cayetano, preguntamos a la Señora si podría llevar al cabo una repetición. Ella estuvo de acuerdo. Le rogamos que nos permitiera tomar algunas fotografías con luz estroboscópica mientras se encontraba en trance. Dijo que sí y durante aquella noche del sábado Allan tomó unas veinte fotografías en la oscuridad, adivinando por necesidad la distancia y la dirección. (Durante toda esa noche llovió a raudales, así que no hubo luna.) Pero el comportamiento de la Señora fue muy diferente que la primera vez. Todo resultó disminuido. No hubo danza y virtualmente faltaron las percusiones. Solamente tres o cuatro indígenas nos acompañaron, y la Señora no trajo consigo a su hija sino a su hijo Aurelio, un joven cercano a los veinte años que de alguna manera nos pareció enfermo o anormal. Sobre él se centró entonces la atención de la Señora, no sobre mí. A lo largo de toda la noche sus cánticos y sus palabras estuvieron dirigidos a ese pobre muchacho. Su celebración fue la dramática expresión del amor de una madre a su hijo, un treno angustiado al amor materno, e interpretada de esa manera fue profundamente conmovedora. La ternura de su voz cuando cantaba y hablaba; la de sus gestos cuando se inclinaba hacia Aurelio para acariciarlo, nos conmovieron profundamente. Como ajenos a la familia, nos habíamos sentido incomodados, de no haber sido porque en aquella chamana poseída por los hongos veíamos un símbolo de la maternidad eterna, más que el fantasma de una progenitora individual. —Pero sea cual fuere la interpretación de este desahogo hermoso y libre de trabas, propiciado por los hongos sagrados, se trataba de un comportamiento de una clase que pocos antropólogos de la América Media tendrán oportunidad de ver.

En esta segunda ocasión, Allan no ingirió hongos, pues iba a

tomar las fotografías. La Señora me preguntó cuántos pares descubría, lo cual me pareció una atención a mi posición como alguien que ya ha sido iniciado, y le dije que quería cinco. El efecto resultó tan intenso como el experimentado con una dosis mayor el miércoles, pero esta vez no sentí náuseas.

Las dos noches que pasamos con la Señora llegaron a un término de la misma forma. La del miércoles, nuestras últimas notas parecen haber sido garrapateadas unos cuantos minutos antes de las cuatro de la mañana y poco después cainos imperceptiblemente en un adormecimiento libre de sueños. Al parecer lo mismo aconteció a los demás. Como quiera que fuese, hacia las seis de la mañana despertamos, con la cabeza despejada. Algunos de los demás ya estaban levantándose, y en pocos minutos todo el mundo estaba de pie. Cambié el rollo de mi cámara y volví a tomar fotos, al igual que Allan, Cayetano y Guadalupe nos preguntaron cómo estábamos, aunque fueron discretos acerca de lo que había pasado durante la noche. Nos sirvieron pan y café. Hacia las siete de la mañana nos hallábamos listos para salir al mundo. No nos sentimos adormilados durante el día.

Tal vez en ciertos aspectos podemos definir mejor de como lo hemos hecho las alteraciones físicas causadas por los hongos sagrados. Por una parte desquician el sentido del tiempo. Visiones que parecen durar una eternidad transcurren en un minuto o algo así. Sólo mediante la consulta de un reloj se puede saber cómo pasan las horas. Por otra, los hongos refuerzan la memoria. Todas las impresiones, auditivas y visuales, quedaron grabadas como por un buril en la tableta de mi memoria. He cotejado mi relato de cuanto ocurrió con las notas que tome durante aquellas noches, pero mi memoria es mucho más rica y plena que las notas.

¿Qué podemos decir sobre la fuente de las visiones? ¿Surgieron de mi propio pasado? No guardo una memoria consciente de haber contemplado antes las escenas que vi. Nada había en ellas que repitiera temas que me fuesen familiares en mi experiencia adulta; no había carreteras, automóviles, ciudades, ni rostros de amigos o de conocidos. Sin embargo, todo lo que vi podía relacionarse con temas latentes en mi imaginación; no forzosamente cosas vistas; ni siquiera cosas vistas en representaciones gráficas, sino aquellas cosas que pasan transmutadas a la imaginación tiempo después, que se imaginan a partir de lecturas, que se ven con los ojos del espíritu.⁵ Todas las visiones poseían esa calidad prís-

tina que de ordinario atribuimos a la magia de la más alta expresión literaria, en especial la gran poesía.

En la vida de todos nosotros, aun de los más mundanos, hay momentos en que el mundo se detiene, en que las cosas más triviales se revisten repentina e inexplicablemente de estremecedora y arrebatadora belleza. Ahora me parece que tales golpes de luz deben emerger de los veneros del subconsciente donde nuestras visiones han estado almacenadas todo ese tiempo, pues las visiones que producen los hongos son una secuencia interminable de tales deshielos. Hay quienes, como Blake, han poseído la virtud de experimentar tales visiones en abundancia sin el estímulo de los hongos. Podrían los hongos haber mejorado lo que Blake hizo sin ellos? ¿Qué le habrían mostrado que no alcanzo a ver? ¿Qué es exactamente lo que ven nuestros amigos indios, con su formación cultural diferente? Es obvio que las visiones proceden del interior del espectador, ya sea de su propio subconsciente, o, como algunos seguramente pensarán, de un fondo de memorias heredado, común a un pueblo. ¡Qué sorprendente que llevásemos todos a cuestas este inventario de maravillas, listo para ser disparado en nuestro mundo consciente por los hongos! ¿Se encuentran muy equivocados los indios al llamarlos divinos? Presumimos que, en su sentido más absoluto, la facultad creadora, lo mismo en las humanidades que en la ciencia o en la industria, la más preciosa de las posesiones que distinguen al hombre y la que más claramente participa de lo divino, se encuentra vinculada de alguna manera con esa región de la mente que los hongos liberan.

He mencionado a William Blake. Muchos años después de los

sucesos que he relatado, descubrí una cita de Blake que concierne directamente a lo que estamos comentando:

Los profetas describen lo que ven en la Visión como hombres reales y existentes, a quienes ellos vieron con sus órganos imaginativos e inmortales; los Apóstoles lo mismo; mientras más diáfano sea el órgano más nítido será el objeto. Un espíritu y una Visión no son, como supone la filosofía moderna, un vapor nebuloso o una nada; se encuentran organizados y minuciosamente articulados más allá de todo lo que puede producir la naturaleza perecedera y mortal. Quien no imagina con contornos mejores y más vigorosos, y bajo una lucidez, mejor y más intensa de lo que pueden distinguir sus ojos percibe.

⁵ Esta interpretación fue confirmada tiempo después por el testimonio, muy importante, de un indio mixe en el territorio mixe. Cuando le preguntamos qué vía al tomar los hongos, replicó que veía el Zempoaltepetl (la montaña sagrada de los mixes) abierto, y que al entrar en él veía calles pavimentadas bordadas de grandes casas, y carros que se desplazaban de un lado a otro por las calles. Ese indio no había salido nunca de las montañas donde vivía, apartado de las carreteras, y de los pueblos; sin embargo, había escuchado hablar de esas maravillas modernas.

[Las bastardillas son mías. Tomado de *The Writings of William Blake*, ed. por Geoffrey Keynes, vol. 3, p. 108.]

Esto sonará críptico a quien no comparta la visión de Blake o no hayaingerido los hongos. La ventaja de los hongos es que pueden poner a muchas personas, si no a todas, en este estado, sin que deban sufrir las mortificaciones de Blake. Su ingestión nos permite contemplar con mayor claridad que la de nuestros ojos mortales, vistas que están allende los horizontes de esta vida; viajar por el tiempo, hacia adelante y hacia atrás; penetrar en otros planos de la existencia; incluso, como dicen los indios, ir allá donde Dios está.

Me adelantaré a mi historia contando ahora un episodio que ocurrió en 1956, cuando el profesor Roger Heim nos acompañó, invitado por mí. En esa ocasión la velada se efectuó en una casa vecina. El efecto de los hongos había alcanzado toda su intensidad. La Señora cantaba con autoridad magistral y todos nos hallábamos recostados despiertos, en el más alto nivel (astá nos parecía) del éxtasis. De pronto, no sé por qué, en un extremo de la habitación alguien tuvo el impulso de encender un cerillo. No hubo la menor interrupción en su ceremonia: continuó cantando, palmeando, gesticulando como si no hubiese luz. Pero en el nuevo enjabonado que estaba detrás de ella apareció la silueta de su sombra, que amplificaba su tamaño unas cuatro veces. Su forma triangular tenía precisamente la inclinación de una pirámide mexicana, con el templo en la cima representado por la proyección de su cabeza, mientras su gesticulación se mantenía lenta, al ritmo de su canto. A la efímera luz de aquel fósforo alcanzó a vivir súglos, milenios, aun decenas de milenios. María Sabina era El Chaman, el receptor de los dolores y las esperanzas de la humanidad desde la más remota antigüedad, desde la Edad de Piedra en Siberia. Era la Religión encarnada. Era el hierofante, el taumaturgo, el psicopompo, en quien las dificultades y las aspiraciones de generaciones incontables de la familia del hombre encontraron, y aún encuentran alivio. Vi todo eso, a la luz de aquel cerillo, en la función de sombras de María Sabina. El destello de aquella luz pareció durar una eternidad y después, repentinamente, se extinguíó.

Los hongos no forman hábito. En este aspecto difieren, no solamente del alcohol y del tabaco, sino de estupefacientes como el opio, narcóticos que estimulan sueños beatíficos. Durante nuestras numerosas expediciones a México, que cubrieron siete zonas culturales, nunca supimos de un vicio de los hongos. Nos parece que el uso de los hongos no modifica el límen de tolerancia hacia ellos; es decir, no hace falta ir aumentando la dosis en ocasiones

sucesivas para obtener el mismo efecto, ya sea a corto plazo como cuando los tomamos dos veces en cuatro días, y a largo plazo. La Señora y su hija tomaron más del doble que los demás, pero la razón de ello obedece a su vocación. Al parecer cada quien requiere una misma dosis a lo largo de la vida, pero esa cantidad varía poco de una persona a otra. No hemos encontrado nada que nos indique que los hongos puedan tener efectos psíquicos dañinos. ¿Acaso representan un peligro para las personas con inclinaciones psicóticas o neuróticas? Tras una vida completa de ingerirlos, los chamanes que toman hongos ¿dan muestras de sufrir daños mentales? ¿Habrá individuos cuyas visiones estimuladas por los hongos sean horripilantes y que se vean impulsados a la violencia por ellas?

No lo sabemos, pero creemos que nada de esto ocurre. Los informes en contra que se encuentran en los escritos de los primeros frailes estaban animados por su *odium theologicum*, por su ignorancia y por su exigencia de apartar a los fieles del "alimento del diablo". Al considerar los efectos clínicos de los hongos no pasemos por alto la extraordinaria actuación de la Señora y de su hija. Cada una de ellas tomó trece pares de hongos, mientras los demás tomamos cinco o seis, y no solamente mantuvieron el dominio de ellas mismas, sino que ejecutaron una liturgia que exigía un disciplinado virtuosismo del más alto nivel. En la temporada de hongos suelen ocurrir que sean consultados todas las noches.

El viernes 1º de julio Valentina Pavlova y nuestra hija Masha, que tenía trece años, se reunieron con nosotros en el pueblo. Habíamos planeado salir a caballo, inmediatamente después de la experiencia del sábado en la noche, con la aurora del domingo, pero comenzó a llover y nos encontramos confinados, aislados con nuestros amigos mazatecas durante la mayor parte de la semana siguiente. El martes 5, Valentina y Masha, que no tenían otra cosa que hacer, tomaron los hongos por la tarde: Valentina cinco pares y Masha cuatro, y después se acostaron en sus sacos de dormir, con las pueras y las ventanas de la habitación cerradas. Esta fue la primera vez que gente blanca tomó los hongos en forma experimental, sin el entorno de una ceremonia nativa. También ellas tuvieron visiones, durante horas y horas, todas placenteras, la mayoría con un aire nostálgico. En cierto momento, Valentina sintió que estaba asomada a un jarrón en cuyo interior vio y escuchó una danza majestuosa, un minueto que parecía escenificarse en una corona real del siglo XVII. Los bailarines eran diminutos y la música sonaba ¡tan clara! Valentina fumó un cigarrillo y exclamó que nunca antes había probado uno que tuviera un aroma tan exquisito. Era una experiencia que trascendía los sentidos terrenales. Bebió agua, y la encontró superior

a la champaña de su abuela, incomparablemente superior. Ella y Masha apenas sintieron náuseas, o no las sintieron en absoluto. Sus pupilas se dilataron y no mostraron reflejos a la luz de nuestras linternas. El pulso tuvo una tendencia a ser más lento. Pero seis semanas después, cuando tomé los hongos en Nueva York, por tercera vez, el 12 de agosto, mis visiones estuvieron acompañadas por el insistente latir de un tambores con variaciones de tono, tal vez una evocación de las percusiones de la Señora. El batir no era desagradable. Parecía preñado de sentido, como si fuera el pulso ritmico del universo. Cuando la Señora llevó al cabo la ceremonia ante nosotros, pasamos la mayor parte de la noche en virtual oscuridad —un ámbito adecuado para las pupilas dilatadas. En Nueva York mi experiencia transcurrió en una habitación iluminada por las luces de la calle, y además esa noche azotaba la ciudad un huracán que recibió el nombre de Connie. Descubrí que los hongos desecados conservaban toda su virtud, si no es que la aumentaban. Hice un hallazgo más. Cuando estaba de pie ante la ventana, contemplando como el ventarrón sacudía los árboles y la corriente del East River, mientras el chubasco era arrastrado en ráfagas por el viento, advertí que toda la escena aparecía animada por la intensidad anormal de los colores que yo percibía. Siempre creí que los apocalípticos celajes de El Greco sobre Toledo eran un engendro de la imaginación del pintor. Mas aquella noche vi los cielos de El Greco, en nada desilustrados, girando sobre Nueva York.

Lleguemos ahora al final de nuestra primera experiencia, entre los mazatecas. Desde el principio habíamos acordado con la Señora pagarle la tarifa usual por sus servicios. Le pagamos cincuenta pesos por cada noche, lo cual era algo más de lo que esperaba. En aquel tiempo eso representaba cuatro dólares por noche, pero en su medio tal cantidad resultaba mucho más considerable; tal vez, en forma subieiva, llegaba a equivaler a unos cincuenta dólares en Nueva York. Antes de salir de su casa le preguntamos a Casiano cómo podríamos pagarle lo que había hecho para el buen éxito de nuestra visita. El se volvió hacia su mujer y dejó que ella hablara.

“No hicimos esto por dinero”, dijo ella y no aceptaron nada. (Para quienes conocen la necesidad y la afición de los mazatecas por el dinero esta expresión de Guadalupe será sin duda sorprendente.) Estábamos especialmente agradecidos con la Señora por habernos permitido tomar fotografías con luz estroboscópica mientras la poseía la virtud de los hongos, durante la segunda noche. Para María Sabina no había sido fácil consentir la violenta y para ella novedosa

interrupción del *flash*. A la mañana siguiente llegó con nosotros un enviado de la Señora. Estaba bien que hubiésemos tomado las fotografías, pero ¿seríamos tan amables de no mostrar en especial esas fotos sino a nuestros mejores amigos? Pues si las enseñábamos a diestra y siniestra, “sería una traición”.